

LA MUERTE DEL PERSONAJE

ENZO VOGRINCIC

LIBROS CÚPULA

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Del texto: Enzo Vogrincic Roldán
Revisión final del texto: Rosa María Prats

Primera edición: octubre de 2025

© Diseño de cubierta: Enzo Vogrincic Roldán
Desarrollo de cubierta: Planeta Arte & Diseño

© Editorial Planeta, S. A., 2025
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Libros Cúpula es marca registrada por Editorial Planeta, S. A.
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-480-4405-3
D. L.: B. 12.509-2025

Impreso en España – *Printed in Spain*



Hace mucho que fui tomando notas o escrituras sueltas a modo de ejercicio personal para reflexionar, pero sobre todo para no olvidar lo vivido. En este caso, son las notas de un rodaje o, simplemente, un registro de la intimidad de actuar en una película. A veces son observaciones o pensamientos desde el set, donde es el actor quien escribe o es el **personaje**. O son ambos a la vez. Otras veces, son más bien pensamientos escritos al regresar a mi habitación, cansado y con el sentimiento derrotado de haberlo hecho todo mal; esos momentos donde no hay actor ni **personaje**.

No creo que nada de todo esto sea algo verdaderamente especial. Me alcanza con que sea especial para mí cuando lo escribo y cuando lo vuelva a leer.

Algo quiero hacer con estas notas...

Hablando con Felipe, un amigo y hermano de hace muchos años, le propongo mezclar todo y materializar tanto pensamiento difuso en algo más concreto. Ordenar estas notas en una suerte de libro que deje ver el vínculo con una profesión o, por lo menos, un intento con la actuación. Que permita entrever un vínculo con la muerte y la amistad cuando se hace hermandad. Un libro que hable sobre cómo empiezan algunas cosas, cómo siguen y dónde pueden terminar, así... casi sin darnos demasiada cuenta.

No sé si algún día será libro..., pero hoy empieza a serlo.

Hay muchas otras anotaciones que las escribo arriba de los aviones. En el aire. En un tiempo flotante donde todo se mueve a novecientos kilómetros por hora, pero donde se percibe el tiempo más lento que me ha tocado conocer. Y es en esta sensación desde donde escribo la mayor parte de lo que escribo. Suspendido en el aire. Si se quiere, una historia de avión. A lo mejor esto termine en nada y bastará para mí con escribirlo.

Escribir para llegar a la última hoja y poder pasar de página.

Ahora mismo, mientras escribo todo esto, no voy en un avión, pero será cuestión de minutos. Estoy sentado en un banco del Aeropuerto Internacional de Carrasco, en Uruguay. Volví hace apenas unos días de México, de la ceremonia de los premios Platino. Unos premios que entiendo que simbolizan un cierre para el proceso y el trayecto de la película *La sociedad de la nieve*, que ha supuesto una parte importante de mi vida en estos últimos tres años. Una parte extraña de mi vida, me permito agregar. Una parte que, además, implica entrevistas, trajes de etiqueta, fiestas, sesiones de fotos, alfombras rojas.

Cuando me entrevistaban durante los premios, los periodistas repetían muchas veces algo así como «que me iba a alejar del cine o de la actuación, que al parecer estaba cansado o triste y que quería alejarme de la pantalla». En el momento de esa pregunta, mi mente se alejaba a pensar por un segundo porque no recuerdo haber dicho algo así. De hecho, ahora lo pienso de nuevo y me resultaría imposible alejarme de la actuación.

Mi vida me encanta. Compartir con mis amigos y mi familia me encanta. Viajar también me gusta. Hacer deporte o cualquier otra cosa es siempre algo que disfruto mucho. Pero actuar es diferente. Cuando me toca actuar, se vuelve el momento favorito de mi vida y no termino de entender muy bien por qué, pero así sucede. ~~Así funcionan un poco los medios, imagino que aleatoriamente.~~

Pero no voy a entrar ahora en estos temas. Me distraigo rápido y es un tema del cual recién estoy conociendo. A lo mejor vuelva a esto en otro momento.

Es leyendo cuando me doy cuenta de que hay algo en esto de escribir un libro que se va volviendo una especie de promesa conmigo mismo.

Quisiera algún día animarme a compartir algo de toda esta vivencia inusual que me tocó, y no mucho más.

Estoy en el aeropuerto porque en breve sale mi vuelo a Buenos Aires para encontrarme con Felipe y viajar juntos a Bariloche. La idea es concentrarnos durante doce días para empezar a escribir este intento de libro. Al menos esperamos poder cumplir con el objetivo básico de encontrar una estructura primaria, una suerte de esqueleto que me permita escribir a partir de él cuando volvamos a nuestras casas. Ese es nuestro plan.

Pero la verdad es que no sé si esto va a suceder como lo estamos pensando o va a ser otra de tantas ideas que empezamos y que finalmente no acaban llegando a buen puerto. Ya se nos hace costumbre esto de crear sin esperar a que se concrete.

Estoy seguro de que a medida que la escritura avance, se va a entender por qué elegí a Felipe para que me acompañe en este proceso de creación y por qué lo llamo amigo y hermano. Las diferencias que nos complementan son tantas entre nosotros que puedo adelantarme con una de ellas, que tiene que ver con los libros.

A Felipe le fascina leer y a mí no. Tiene en su casa una biblioteca que colgamos juntos, con los estantes doblados por el peso de los libros. Los ha leído casi en su totalidad. En cambio, yo prácticamente no leo. Mis libros favoritos fueron siempre fotolibros o cuentos ilustrados. Lo único que puedo leer sin detenerme, eso sí, son los libretos y guiones. Pero los libros me cuestan, salvo que la actuación me lo exija.

En alguna ocasión he tenido —y tengo cada vez que empiezo un libro— la intención de leerlo hasta el final y por lo general

puedo decir que soy un gran «comenzador» de libros. No mucho más que eso.

Hay algunos que sí los he leído completos, sobre todo para entender también, alguna vez, aunque sea, en qué consiste la experiencia de terminarlos.

Mientras espero para subir al avión y escribo este comienzo, voy siendo consciente de que no tengo ni la más mínima noción de cómo hacer para escribir un libro. *¿Por qué hago estas cosas?*

No sé si alguna vez supe hacer algo de lo que hago o si siempre fue una cuestión de disponerme a hacerlo y descubrir cómo se transita ese camino. «Un chanta», así le decimos en Uruguay. Aunque prefiero pensar que es simplemente haciendo la verdadera forma en que uno aprende.

Esto empieza a ser un libro que se escribe a sí mismo.

En este último tiempo me he acostumbrado a estar en los aeropuertos. Muchos viajes, eventos, ceremonias, sesiones de fotos, presentaciones, estrenos. Como todavía vivo en Uruguay, mis viajes siempre se inician en el Aeropuerto Internacional de Carrasco. Estar en este aeropuerto en particular es pensar inevitablemente en el rodaje, en los Andes, es pensar en la muerte y es también sacarse fotos con desconocidos. Es todo eso sucediendo a la vez.

La exposición; un concepto extraño, nuevo.

Todavía me resulta confuso y no termino de acostumbrarme al hecho de que haya personas que no conozco de nada reconociéndome y saludándome con entusiasmo. A su vez, estas situaciones resultan muy encantadoras. Pude tener conversaciones espectaculares —o por lo menos muy divertidas— con completos desconocidos, en cualquier lugar. Pero del mismo modo percibir la observación del entorno de forma constante a donde vayas no deja de ser extraño para mí.

Es difícil explicar una emoción o una sensación así, pero imaginate haber vivido de una forma durante los primeros treinta

años de tu vida y que de repente, en cada lugar público al que vas, en la calle por la que camines, en el lugar donde estés cenando, va a haber alguien observándote. O comentando que estás ahí o acercándose discretamente para hablar con vos. En ese momento de encuentro me lleva unos instantes de confusión darme cuenta de si de verdad nos conocemos. Hago un repaso veloz por mi memoria y entonces soy consciente de *por qué* esa persona me está saludando. El momento dura apenas unos segundos y, afortunadamente, todas las experiencias de este tipo que me ha tocado vivir siempre han sido cálidas y amorosas. Noto también que se me ha ido desarrollando una percepción empática hacia este tipo de encuentros. Y también se despierta con el tiempo una habilidad para percibir este tipo de situaciones a mi alrededor antes de que sucedan. Percibo quién me está observando, si está por acercarse, si no se está animando a hacerlo o si me están sacando una foto o filmando sin que, aparentemente, lo sepa.

*Acá me distraje,
este tema lo dejo para más adelante.*

En el aeropuerto, esta situación es constante. Me piden y nos sacamos a cada rato unas cuantas fotografías: antes de entrar al aeropuerto, en el *freeshop*, tomando un café, yendo al baño, en la espera para subir al avión y adentro del avión. Tengo varias conversaciones casuales con personas que generaron un vínculo especial con la historia de los Andes, con algún familiar de algún superviviente o sencillamente porque me quieren compartir qué les sucedió cuando vieron la película.

¿Para qué escribo todo esto en el libro?

A lo mejor esto da perspectiva del cambio que me tocó, y empieza a ser un tema que me gustaría explorar y desarrollar en esta fantasía de escribir un libro.

El avión despegó y llega a Buenos Aires treinta y cinco minutos después. Mientras espero a que la cinta transportadora traiga

mi valija, un señor se acerca para saludarme. Me felicita por la película y me pregunta si no será mucha molestia para mí esperar juntos la valija y que luego lo acompañe a la salida para que su familia me pueda conocer.

Llega el equipaje y caminamos conversando, como si nos conociéramos desde siempre. Saludo a toda su familia, que me abraza y me besa como a un conocido de toda la vida. Por un momento me parece que soy yo quien vuelve de viaje para reencontrarse con sus afectos.

Nos sacamos la foto familiar y salgo del aeropuerto mientras envío un mensaje a Felipe, que se aproxima en taxi a buscarme.

No nos vemos desde hace cinco meses. Él está en Buenos Aires para trabajar como *coach* de actores en una película argentina. Por suerte, es de esas amistades en las que el tiempo ya no importa. Basta con reencontrarnos y darnos cuenta de que todo permanece intacto, en el mismo lugar en el que lo habíamos dejado.

Abrazos y me subo al taxi. Dejo mi valija descansar un rato en su departamento y nos vamos a almorzar. Poco a poco mientras le cuento a Felipe cosas de mi último viaje en México, me doy cuenta de que me empieza a emocionar la idea de escribir este libro y pensar en la aventura que ha implicado para mí rodar esta película.

Estoy cerrando el proceso. Hasta ahora no he tenido tiempo de detenerme a pensar en todo lo que ha sucedido y es por eso mismo que esta es una gran oportunidad de tomarme el tiempo para hacerlo. Quisiera llegar a la última página de este libro —hasta sus últimas palabras— para poder así pasar hacia lo nuevo.

Felipe es, con toda probabilidad, el amigo que más me conoce hoy en día, y después de este viaje seguramente nos conozcamos más aún. Otras razones más para que me ayude y que son propias de la amistad: la intimidad, la diversión y la confianza.

Volvemos después de almorzar al aeropuerto a la hora de la partida. Más fotos. Más saludos mientras caminamos o mientras nos tomamos un café. Es de las primeras veces que él lo vivencia conmigo y se ríe, sorprendido.

Llegó el momento. Puerta 9. Despega nuestro avión para San Carlos de Bariloche y durante el viaje hablamos de las partes que podría tener el libro: el viaje, el aeropuerto, las fotos, la llegada y las anécdotas que nos vayan pasando a medida que armamos este texto.

*Una suerte de metalibro o un libro que se escribe a sí mismo.
Una escritura que esté viva y respire antes de morir en el final.*

Apenas arribamos, nos damos cuenta de lo mal equipados que estamos para el frío. El cambio de temperatura es radical, llegamos a la noche y el clima está helado. Nunca imaginé que iba a hacer tanto frío, le comento a Felipe. Él me reprocha incansablemente que me lo dijo. Que me había advertido de esa obviedad. No hay que ser un genio para darse cuenta de que si viajás a Bariloche en esta época del año es muy probable que haga este frío. Le respondo que el frío no es necesariamente un problema y seguimos.

Nos subimos a un taxi y vamos a la hermosa casa donde vamos a residir estos días. Afuera, la noche cerrada no permite ver ningún paisaje, apenas se deja ver una lluvia permanente que no parece descansar.

Julieta es la conductora que nos lleva. Conversa con nosotros durante casi cincuenta minutos y es graciosa esta primera coincidencia: ella nos revela que ama escribir y que escribe todo el tiempo. Nos cuenta verbosamente —sin puntos ni comas— todo lo que ha escrito. Nos habla de sus sueños y de su corto pasaje por la actuación cuando era niña.

Nos pregunta a qué venimos a Bariloche y me río porque le explico que venimos precisamente a intentar escribir. «¿Sobre qué?», pregunta entusiasmada. Comienzo a mentir por puro instinto. Le respondo que tenemos un amigo en Uruguay que es actor, que vivió algo increíble a partir de una película y que se le había ocurrido que nosotros escribiéramos el libro sobre su vivencia. A ella le gusta mucho esa idea y nos sugiere que lo mejor sería que nuestro amigo lo leyera antes de publicarlo. Le tomo la

sugerencia y sigue conversando los siguientes treinta minutos que restan hasta la casa.

Lluvia, barro en las botas y llegamos. Nos saluda Lourdes, la persona encargada de recibirnos y enseñarnos el hogar. Es curioso ese nombre en mi vida; me llama la atención, y más adelante tendré que explicar mejor por qué. Pero por ahora lo tomo como otra señal de estar yendo por buen camino.

Lourdes nos muestra la casa y nos cuenta los detalles sobre la calefacción, las ventanas, las llaves. El clima sigue siendo terrible, pero el lugar es igual de hermoso que como se veía en las fotos.

Mientras recorremos la casa vamos notando cómo se quejan nuestros estómagos. El apetito y el hambre se diferencian apenas por un momento. Por ahora, solo es apetito, pero la realidad es que llevamos sin comer desde aquel almuerzo en Buenos Aires, y encima Lourdes nos cuenta que el supermercado más cercano está a más de dos kilómetros de distancia y que quizá ya esté cerrado. Nos miramos con Felipe y nos reímos de lo mal planificado que estuvo esto también. Siempre improvisando. Apenas se va Lourdes, Felipe no pierde la oportunidad de volverme a decir: «Yo te lo dije». Al parecer él sabía todo, pero nunca lo dijo ni lo solucionó.

Conversamos durante horas sobre este libro, dándole vueltas a la idea y al sentido de hacerlo. Si valdrá la pena o no. Estas son siempre nuestras conversaciones a la hora de crear algo:

*¿Para quién es?
¿Cuál es el sentido de hacerlo?*

Estas preguntas mueven la aguja y balancean las cosas a la hora de crear. ¿Qué sentido tendrá para las personas que vayan a leerlo? Esto debe tener un propósito. Las cosas que hacemos siempre son mejores cuando tienen un propósito. ¿O a lo mejor no? Si no fuera así, no entiendo por qué depositar tanto tiempo en algo que no se terminará de entender. A lo mejor, durante el proceso me quedara claro que quizá no sea importante entender *para qué* o *para quién* lo hacemos, sino que tal vez se trate simplemente de hacerlo, y luego ya aparecerá el sentido.

No tengo respuestas claras y me voy dando cuenta de que le estoy dando demasiadas vueltas al asunto. En el fondo, no sé escribir libros. Esta ignorancia también va a quedar reflejada en estas líneas de alguna manera e invito a abandonar la lectura cuando sientan que no tiene sentido seguir leyendo.

Necesito encontrarle la dirección a esto. El porqué. Eso es lo único que me puede impulsar a escribir. Me gustaría compartir el contraste de las experiencias que me tocó vivir. Entender juntos el trayecto de alguien que pasa de sobrevivir como actor en Montevideo a estar sobreviviendo en una alfombra roja en la ceremonia de los Óscar. Y todo esto en unos meses.

Me interesa esa mirada de un actor uruguayo al que le tocó la suerte de un proyecto imposible en Uruguay y que observa desde sus ojos de barrio el delirio, el lujo y el aspecto absurdo de algunos acontecimientos. No quiero escribir para ser ejemplo de nada, eso también lo tengo claro, y propongo que arranquen las hojas que lo intenten.

La verdad es que me presenté a un *casting* con la motivación que tenemos todos los actores y las actrices de cualquier parte del mundo: querer actuar. Y resulta que me terminé involucrando en todo lo demás.

Por eso no quiero que intentemos escribir un libro perfecto. No se lograría y jamás podría ser el propósito. Este libro no se va a escribir para ayudar a nadie. O a lo mejor sí. Como sea, ese no va a ser mi objetivo.

¿Y para qué es entonces?

No lo sé. La verdad es que no sé para qué organicé este viaje. Me escucho hablar con Felipe y soy consciente de que no vale mucho la pena llevar adelante esta idea. No se lo digo y nos acostamos con unas catorce horas de ayuno.

Es recién por la mañana cuando puedo ver el hermoso paisaje que nos rodea. Desde el dormitorio en la segunda planta, se logra apreciar a través de los ventanales de madera cómo el viento hace bailar a los pinos frente al lago y más atrás las montañas rodean todo nuestro horizonte. El paisaje es bello, aunque la lluvia amenaza con volver en cualquier momento.

Recordamos que Lourdes nos había hablado de los dos kilómetros y medio hasta el almacén más cercano. No tenemos auto, ambos tenemos las libretas de conducir vencidas y sin renovar. No pudimos alquilar un vehículo, así que no hay otra opción que caminar si queremos desayunar.

Lo que parecía una amenaza de lluvia termina siendo una nevada, y es tan hermoso para personas como nosotros, tan ajenas a la nieve, poder verla. Nos sentimos felices y lo sabemos.

Esto es bellissimo y lo disfruto como si fuera la primera vez que veo la nieve. En el fondo, la verdad es que venía a buscarla para recuperar las memorias que quiero compartir.

Sigo viendo buenas señales en todo esto.

A mitad del camino notamos que, además de no tener un vehículo, no pensamos nada bien esta salida al supermercado porque no trajimos las mochilas para cargar las compras. Nos miramos y no nos queda otra que reírnos y seguir la ruta hasta llegar.

Bariloche es de cuentos. Las rutas nevadas con pinos y árboles otoñales que la bordean nos hacen compañía, al igual que la nieve, que no deja de caer. En el trayecto, vamos conversando de todo un poco y siempre con el asunto del libro presente

*¿Cómo hacemos?
¿Cómo se empieza?*

Bueno, de alguna forma ya empezó. Todo esto ya está siendo parte y probablemente quede escrito, como, por ejemplo, estas conversaciones de camino al supermercado.

Antes de regresar con nuestras provisiones —en dos incómodas cajas de cartón—, las personas que trabajan en el almacén nos cuentan que es muy raro que esté nevando en estas fechas. Parece que es la primera nevada de la temporada. *Más señales.*

En casa y con comida, todo cambia. Después de almorzar, empezamos a darle forma a esto que estoy escribiendo hace varias páginas y que parece no empezar nunca. Hablar del hambre, de

las coincidencias y de caminar bajo la nieve, mientras retomamos sin notar lo la conversación de la noche anterior.

Nos pusimos a hablar de la simpleza y le explico que para mí es muy importante que el libro no pretenda nada. Que solo sea. Que presente una realidad y no que la pretenda explicar.

Durante estos meses en Buenos Aires, Felipe escribió a mano muchísimas páginas. Una especie de correspondencia en formato de confesiones que ahora quiere leerme. Van dirigidas a mí y despiertan muchísimos recuerdos de mi camino en la actuación y de nuestra amistad. Me sorprende volver a pensar en todo ello, pero no soporto escuchar tantas veces mi nombre.

No siento que eso deba ir en el libro. Una vez más, confirmo que no quiero escribir este libro para hablar de mí, aunque resulte paradójico. Si se quiere, solo pretendo utilizarme como una excusa para la observación de un camino con suerte y algunas decisiones, nada más.

Felipe me pregunta sobre la suerte que siempre menciono, la cuestiona y asegura que el camino que me lleva hasta la película no está hecho de suerte. Pero para mí sí, pues la suerte cobra forma a través de esas coincidencias más o menos alineadas con el propio deseo. Para mí es imposible no pensar en toda la cadena de eventos que me han arrastrado casual y decididamente hasta este punto. Desde el lugar donde me tocó nacer y la manera en que crecí y fui criado, hasta descubrir un día mi gusto por la actuación y así ver cómo se fue organizando durante mi niñez todo este camino sin que fuera consciente, un periplo que se trazó hasta llegar a estudiar teatro, interrumpido de pura casualidad por el cine, para que al final de ese recorrido llegue la oportunidad del *casting* que nos terminará depositando en la escritura de este libro.

«Bueno, escribamos eso», me dice.

Hasta este mismo momento, nunca había pensado en incluir mi historia biográfica al relato de mi experiencia en la película. Siento claramente cómo nace un miedo en mí. Miedo a exponer un lugar de intimidad personal, miedo a exponer a mi familia, a

mis amigos y a todos mis afectos; miedo a exponer mi vida. *Exposición, concepto extraño.*

Mientras me resisto, una certeza aparece desde lo profundo. Tiene todo el sentido contarlos así. En el proceso tendré el cuidado de escribir con cariño y que funcione como una puerta para entrar en algún lugar más hondo de mí, pero no de los demás. Desde ese lugar, quizá pueda narrarlo un poco mejor. No es lo mismo leer unas notas de rodaje de alguien que no se sabe quién es ni cómo llegó hasta ahí, que conocerlo y poder entender por qué escribe lo que escribe.

Decido que voy a ir uniendo las piezas clave en donde se irá forjando algo en mí para que determinados personajes me terminen eligiendo, y determinando mi suerte.

Una directora de teatro me dijo esa frase una vez y a lo mejor la utilicé al principio de este libro: «Uno no elige a los personajes, los personajes te eligen a vos».

Esa frase —que en su momento no acabé de comprender totalmente— me quedó grabada para siempre y poco a poco la voy entendiendo.

*¿Cómo funciona eso?
¿Cómo puede elegirme un personaje?*

Si hablo de mi experiencia interpretando a Numa, hablo de una persona y de un personaje. Si hablo de un personaje, hablo de una película, y si quiero llegar hasta la película tengo que pasar por el inevitable comienzo: el eterno *casting*.

Felipe me pregunta cómo fue que me llegó esa oportunidad de *casting*, y me río porque fue justamente con él al lado, mientras trabajábamos juntos en una obra, cuando recibí el primer correo electrónico invitándome a participar.

«Fue el día que trasladamos el sillón en la bicicleta», le comento.

En la casa de Sofi había dos sillones muy particulares e idénticos; rectangulares, amarillos, setentosos y sobre todo muy petizos. Eran sillones teatrales se los mirara por donde se los mirara. De hecho, en realidad, estaban en esa casa justamente porque los habíamos comprado juntos para una nueva obra de teatro que empezábamos a armar con Sofi. Los elegimos a pesar de que fueran de color amarillo, que es —según la tradición teatral— el color de la mala suerte. Impulsivo como siempre, me puse insistente con el tema de hacernos con los sillones cuando los vi en internet, y los compramos para empezar a crear la obra desde esos objetos.

*Como si una obra de teatro pudiera surgir
de todos lados y desde todas las cosas.*

Pactamos el encuentro con el vendedor y fuimos a su casa. Al llegar, el dueño nos preguntó dónde iban a ir los sillones. Él quería asegurarse de que tuvieran un buen destino, pues era un dueño responsable. Al hablar de ellos se le notaba el cariño que les tenía y le contamos que serían utilizados para una obra de teatro. Eran sillones que me habían fascinado y que iban a estar muy bien cuidados, le aseguré. Nos fuimos de allí con ellos y con la promesa de invitarlo a ver la futura obra.

Como era de esperar con este tipo de impulsos míos, los silloncitos fueron quedando en el patio como un adorno inusual o, más bien, un recordatorio de lo que no se está haciendo, hasta que llegó el momento de deshacerse de ellos. Habían pasado de ser graciosos a ser molestos, de ser una presunta escenografía valiosa y clave para la obra a volverse algo más de lo que hay que deshacerse.

Hablé con Felipe, en un último y desesperado intento de mantenerlos con vida. A esta altura, ya sentía que le debía esos sillones a una obra de teatro.

Mientras escribimos este libro, hacemos el chiste de escribir *El libro del fracaso*. Un libro donde aparezcan todas esas historias que no necesariamente llegan a buen puerto, y que puedo asegurar que son muchas.

Otro proyecto más con el que tanto fantaseamos.

Le mandé un mensaje a Felipe preguntándole si podía pasar por la casa de Sofi antes del ensayo para llevar el sillón al teatro. Le expliqué que era un sillón útil y clave para la obra de teatro que estábamos haciendo.

En este espectáculo yo no participaba como actor. Me fui sumando a raíz de lo mucho que conversábamos sobre ese proyecto y me empecé a encargar, tímidamente, del diseño sonoro y espacial.

Ya había experimentado con sonido en el teatro en la primera obra que creamos con Sofi. Esa experiencia me había hecho sentir una fascinación de tipo *hobbie* por el diseño de sonido teatral.

Cuando llegó Felipe y no vio un auto, no entendió cómo íbamos a llevar el sillón hasta el teatro. Había dado por sentado que lo esperaría con un flete contratado para llevarlo, y hubiera sido lo más lógico a lo mejor, pero no.

*«No te preocupes», le digo.
«Lo llevamos en la bicicleta».*

Empezamos la travesía, montamos el sillón en la bici, apoyándolo para que se sostuviera en equilibrio, y caminamos uno a cada lado, sosteniéndolo para que no se cayera mientras cruzábamos toda la ciudad.

Fueron varios kilómetros de conversaciones y de rotar de un lado al otro de la bicicleta. Hablábamos de la obra, del teatro y de la vida en general, igual que ahora.

Finalmente llegamos a la puerta del teatro. Nos miramos victoriosos por nuestra travesía y en chiste, le dije:

«No te preocupes, ya vamos a llegar en la Ferrari».

Ensayamos, y al final de ese día cansador y un hermoso debut del sillón arriba de un escenario, casi despidiéndonos, apareció María Laura en forma de correo electrónico, invitándome a par-

participar de un *casting*. Ya voy a poner en contexto más adelante quién es ella y cómo entra en la lista de personas que me cambiaron la vida; ahora lo importante es ese correo electrónico.

Ese *casting* venía circulando entre todos mis amigos actores. Era un *casting* «misterioso» del que no se daba mucha información, pero se sabía lo suficiente como para intuir que se trataba de una película de esa historia, y saber inmediatamente que quería participar en ella.

La historia de los Andes ya de por sí es increíble. Me imaginaba lo que tendría que actuar para llevar adelante ese relato, lo épico, todo lo que les sucede y en ese contexto. Era pura actuación. Una historia que podía quedar increíblemente relatada y al fin hacerle honor a la historia en nuestro acento, le comentaba a Felipe.

«Esta es una de las historias en la que sí o sí hay que estar».

A mi correo había llegado un texto que tenía que grabar en una sola toma y enviar en un plazo máximo de cuatro días. Además, tenía que hacer otro video de presentación, diciendo mi nombre, mi edad y alguna información sobre mi experiencia en la actuación.

Generalmente, este último video es el que más cuesta hacer.

NICO

Aprendí en ese momento que uno es dueño del instante en que quiere terminar: yo podría haber elegido morirme y me hubiera ido en ese tránsito sereno, no necesitaba más que dejarme llevar, pero me brotó una conexión con la vida y con mi madre. ¿Qué pasa cuando tu cuerpo se va consumiendo en vida, cuando no sabemos dónde estamos y, por momentos, quiénes somos?

Un primer plano, fondo blanco y sin maquillaje. Solo actuación.

«Cuatro días no es demasiado tiempo», pensé.

Aprendí el texto, siempre con la ayuda de Sofi. Ambos somos actores y teníamos la costumbre de ayudarnos en estas cosas. Buscamos ropa abrigada y me puse frente al espejo para empezar a buscar o imaginar ese rostro agotado a partir de lo que ya sabía de la historia. Así empezamos a grabar las tomas para este *casting*. En esas épocas pasaba mucho tiempo en su casa y muchas veces transformamos su dormitorio en un set.

Grabamos unas diez tomas ese día. Algunas habían sido interrumpidas por una moto que pasaba o por los ladridos de los perros, pero igualmente seguíamos grabando. Las revisábamos, opinábamos y volvíamos a grabar. Fue igual al día siguiente y al siguiente. Estuvimos grabando todas las tardes y, poco a poco, algo se iba afinando en las decisiones. Algo maduraba en la actuación con cada repetición, pero sobre todo aumentaba la comprensión del texto. Aparecían sensaciones diferentes a la hora de decir lo mismo, que en cada repetición se hacían más profundas que en los primeros intentos.

Esa misma escena que había empezado en un lugar artificialmente intenso con la repetición se fue naturalizando y ganando capas nuevas de sentido. En la superficie sucedía lo que decía, pero por debajo estaba lo que pensaba y, más debajo aún, lo que sentía. Da la sensación de que muchas veces una buena actuación surge cuando lo que digo no se relaciona directamente con lo que pienso o lo que estoy sintiendo. Es en estas dualidades cuando aparece una complejidad del ser que se vuelve muy potente.

Mi intención era encontrar una toma para enviar que me generara algo diferente a lo que venía viendo en mis intentos anteriores. No me convencía lo que hacía; eran tomas donde la actuación se veía plana. Fue recién viendo la penúltima toma cuando sin darme cuenta me terminé emocionando. Sentí empatía por esa persona que veía en el video. Esa persona que era yo mismo.

*Nos miramos con Sofi y dijimos:
«Es esta». Y allá fue.*

En mi mente bastaba con enviar el video y dar por terminado el asunto. En el mejor de los casos y con muchísima suerte, terminaría apareciendo en algún momento de la película. Lograr eso era suficiente para mí. Ya me aseguraba vivir esa experiencia de filmar y ser parte de esa historia.

Enter.

Se envió el correo y junto a este también viajó una gran razonada de esperanza, aunque estaba muy lejos de saber que este proceso de selección tomaría siete largos meses de mi vida.

Recuerdo el temor que tenía de enviar ese primer correo electrónico. Y era lógico. Tengo un recuerdo que a lo largo del tiempo se fue instalando como un miedo y que está directamente relacionado con la primera vez que envié un correo electrónico con el objetivo de actuar. Perdón por este desvío.

Tenía unos quince años y ya sabía que quería estudiar teatro, pero el lugar al que pretendía ir exigía ser mayor de edad. Pensé que podría aprovechar esos años que me faltaban para adquirir algo de experiencia en actuación antes de presentarme a su prueba de ingreso.

Investigué distintas opciones de talleres de teatro e incluso escuelas donde pudiera estudiar. Llegué a una en particular que parecía un buen espacio para hacerlo. Revisé la página web, busqué información sobre la persona que llevaba adelante ese espacio de formación y escribí un correo.

En este explicaba mis intenciones de estudiar teatro, de presentarme a la prueba de ingreso de la Escuela Multidisciplinaria de Arte Dramático cuando fuera mayor de edad. También les confesaba que en ese momento a mi familia le era imposible pagar una cuota completa para que hiciera teatro y les consultaba si el espacio contaba con algún tipo de beca.

*Pasaron unos días y la respuesta que recibí fue:
«Esto no es un semillero».*

A la persona que me respondió el correo no le gustó que solicitara una beca en su espacio de formación para que después diera una prueba en otra institución. Imagino que por eso utilizó la palabra «semillero».

Sentí que estaba pidiendo algo que no era correcto, como si hubiera cometido una falta de respeto. Visto desde el hoy y habiendo pasado el tiempo, solo puedo pensar que alguien que no entiende que una escuela de teatro es precisamente un semillero no está comprendiendo lo esencial y más hermoso que puede ofrecer un espacio formativo de actuación: un lugar donde uno puede germinar como actor y como actriz.

Vuelvo a Bariloche.

Es impresionante tener montañas al alcance de la vista. Uruguay no conoce semejantes alturas. El cerro Catedral, con 513 metros, es la altura más alta que se puede alcanzar.

Me sigo diciendo que vinimos al lugar perfecto. Con las montañas tan cerca se hace muy fácil recordarlo todo. La sensación sucede de inmediato. Basta con ver esas montañas para recuperar en el cuerpo algo que se ha quedado grabado para siempre. Me vuelven memorias instantáneas, envueltas en altos grados de nostalgia que me trasladan a las sensaciones del rodaje. Y, por si fuera poco, en esta casa en Bariloche hay colgado un cuadro de buenas dimensiones que tiene una fotografía de una montaña de la zona con los picos nevados justo al atardecer, cuando el cielo se torna rosado, violeta y azul y la naturaleza parece artificial. Una ventana más que me lleva directamente a la historia de los Andes. Ese recuerdo que actué, pero no viví y que se entremezcla con mi propia historia, rodando y viviendo en Sierra Nevada. *En todo caso, actuar es mentir.*

En este punto, mientras conversamos con Felipe sobre el cuadro, la montaña y la energía que tienen estos gigantes de tierra, piedra y nieve, le voy contando sobre este primer video que mandé para el *casting* y, como siempre, nuestras conversaciones saltan inadvertidamente de temas y él me sugiere que si voy a contar algo de mí para que me conozcan podría empezar desde

el inicio. Odio los libros que empiezan contando una historia con la fecha de nacimiento de la persona y no pienso hacerlo.

Nací de un amor de invierno.

El 22 de marzo de 1993, a las 12.04, mientras comenzaba el otoño por estas latitudes, nacía en la ciudad de Montevideo, Uruguay: un país pequeño de América del Sur, arrinconado entre Brasil y Argentina. Entre las siete mil millones de posibilidades de nacer en este mundo, me tocó nacer en este lugar. Cuando era niño siempre pensaba en esto como algo especial. Leí por casualidad que hay quienes creen que uno elige a sus padres antes de nacer. Al parecer nuestras almas —o como cada uno quiera entenderlo— seleccionan cuidadosamente a sus padres y las condiciones en las que llegamos a este mundo, con el único propósito de aprender y para cumplir con un destino de desarrollo espiritual. No sé si me lo creo del todo, pero pensar en que algo de mí eligió esta vida me transmite cierta tranquilidad.

Nací con un peso de cuatro kilos cuatrocientos gramos, y para el momento de nacer ya existían mi hermana y uno de mis dos hermanos. Quince años más tarde llegaría el segundo hermano para completar este núcleo familiar, que todavía somos.

En los momentos previos a mi nacimiento los médicos le habían dicho a mi madre que había posibilidades de tener mellizos. Mi madre, sorprendida, explicaba que ya le habían hecho varias ecografías y que eso no era posible, a lo que el médico replicó que hay ciertos casos en que los bebés están espalda con espalda, los corazones laten a la vez y que puede no detectarse en una ecografía. Ese médico sostenía que por la fuerza del latido del corazón y por el peso podríamos ser dos perfectamente.

Me voy a desviar un segundo para aclarar un aspecto.

La que estaba por ser mi casa había sido construida por mis padres. Cuando eran jóvenes, fueron seleccionados en una especie de concurso o sorteo para la «reubicación de cantegriles».